

NOTAS SOBRE LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE LA INTEGRACIÓN DEL PERÚ CON EL NOROESTE ARGENTINO Y BUENOS AIRES

Fernando Rosas Moscoso
Universidad Ricardo Palma
frosas18@yahoo.com.ar

RESUMEN

El Perú y el noroeste argentino, en términos políticos actuales, estuvieron integrados durante siglos a través de una ruta terrestre que los hizo formar parte de un ordenamiento espacial, económico, político y cultural de trascendencia. Dicho eje se proyectó desde Lima y Cusco hasta Buenos Aires y llegó pleno de vitalidad hasta la primera mitad del siglo XX, para después desdibujarse en varios contextos menos en el cultural y de mentalidad colectiva. Las particulares características de las repúblicas del Perú, Bolivia y Argentina, hicieron sentir su peso y determinaron una separación que en algunos momentos se intentó revertir.

PALABRAS CLAVE

Prehispánico / Perú virreinal / Noroeste argentino / Eje Lima Buenos Aires / Camino imperial inca / camino real español

ABSTRACT

Peru and the Argentinean northeastern region, in actual politic terms, where integrated during several centuries with a land route who make possible a very important territorial, economical, political and cultural entity. This route developed permanent communication from Lima to Cusco and finally Buenos Aires, and stay with great energy until the middle of 20th century, but after the fifties remained only in the cultural and popular mentality. The particular characteristics of the republics of Peru, Bolivia and Argentina, determinate a political independence which only in few moments tried to reach a new integration

KEY WORDS

Prehispanic Peru / Viceroyalty of Peru / Argentinean North East / Lima - Buenos Aires land route / Imperial Inca route / Royal Spanish route

EL IMPERIO DE LOS INCAS Y EL TUCUMÁN

Los primeros indicios concretos de relación entre el noroeste argentino y el Perú los encontramos en la época incaica. La dominación incaica se entendió a lo largo de la cordillera de los Andes desde Pasto en Colombia, hasta Chile y la Argentina. En el actual territorio argentino la huella incaica se encuentra presente principalmente en las regiones de Tucumán, Cuyo y Mendoza. Siendo en la primera de las nombradas donde se inició la incorporación al incario de las vertientes orientales andinas correspondientes al sector atlántico.

El gestor de la empresa de asimilación del territorio tucumano al imperio incaico fue el Inca Túpac Yupanqui, quien organizó una expedición que partiendo del Cusco llegó hasta esas tierras y de la que tenemos noticias a través de algunos cronistas.

A. LA CONQUISTA INCAICA: DEL CUSCO A CHARCAS

El Inca Túpac Yupanqui, Inca conquistador, llamado por algunos el Alejandro de América, fue quien emprendió la conquista del Collasuyo, al frente de un numeroso ejército preparado para una larga campaña por lugares fríos y desiertos. Para ello contaba, según señalan los cronistas, con grandes toldos y gran cantidad de vituallas.

Partiendo del Cusco, la expedición al cabo de algunos días de camino penetró en territorios de la provincia de Chucuito, donde el Inca fue recibido solemnemente y con grandes muestras del aprecio por los caciques y naturales de la región. Para entonces, al engrosarse constantemente llegó a contar, según Cieza, con más de 300 mil personas, entre soldados y sirvientes.

Después de breve marcha, llegaron los expedicionarios a orillas del sagrado Titicaca; impresionado el Inca por lo imponente de sus aguas y riberas, visitó las misteriosas islas situadas en ese mar interior, recorrió el lugar y observó los edificios mandados construir por su padre Pachacútec, el primero que llevó victoriosamente a los ejércitos incaicos a esas tierras. Mandó el Inca que se construyeran otros palacios y templos como el de Copacabana, atendido por mamaconas traídas del Cusco.

Prosiguiendo con la expedición llegó Túpac Yupanqui a la región del Tiahuanaco, en donde hizo un alto para observar las extrañas construcciones que allí se levantaban. Cuenta el P. Cobo este suceso:

Hizo alto en Tiahuanaco, para ver despacio aquel edificio maravilloso; quiso informarse de los naturales del pueblo de adonde se había traído la piedra para aquella fábrica y quien había sido el autor della. Respondiéronle los indios que no lo sabían ni habían tenido noticias en que tiempo se hubiese edificado. (Cobo, 1956, p. 84).

Más adelante, el Inca y su ejército llegaron a los límites del Imperio y entraron en territorio de Charcas, con decisión de conquistarlo. Refiere Lizárraga, en la descripción que da de la provincia de Charcas, que:

... es ésta ancha y larga, empero poco poblada y muy áspera, de malos caminos; los indios son más fornidos los otros más llanos; y en sus vestidos más bien tratados. (Lizárraga, p. 137).

Dispuso, como primera medida, el envío de embajadores a todos los pueblos de aquellas tierras para pedirles su sujeción voluntaria y ofrecerles presentes y recompensas a cambio. No todos aceptaron renunciar a su libertad y muchos se dispusieron a hacer frente al invasor. Así empezaron las luchas, conquistando pronto el Inca, la provincia de Los Carangas. De allí siguió al oriente, llegando a Paria, cerca de la actual Oruro, en donde mandó construir grandes edificios.

Posteriormente, en dirección noreste conquistó la región de Cochabamba; luego se dirigió al sur hasta la tierra de los Amparaes. Los naturales accedían a servirle o de lo contrario huían buscando lugares estratégicos en donde preparar la resistencia. Superando la oposición de los naturales continuó la expedición en dirección sur, atravesando regiones de áspera geografía.

Los triunfos alcanzados, el poderío militar y la capacidad de sobreponerse a los obstáculos naturales hicieron que los pueblos de Charcas, se sometieran. Como dice el P. Cobo:

La fama del poder y victorias maravillosas del Inca había penetrado en las provincias más remotas y puesto tan gran terror y espanto a los caciques y señores dellas, que los más le enviaban sus embajadores ofreciéndoles paz y pidiendo ser admitidos por vasallos suyos; y él recibía con blandura y amor a los que voluntariamente se le sujetaban, y hacia cruda guerra a los que le resistían. (Cobo, p. 85).

B. LA INCORPORACIÓN DEL TUCUMÁN

A la vez que pacificaba y ordenaba Charcas, el Inca prosiguió en su avance anexando nuevas tierras. Así fue como llegaron ante él mensajeros procedentes de

unas remotas tierras del sur de nombre Tucma, hoy Tucumán. Estos mensajeros eran enviados por los caciques de la región, quienes al tener conocimiento del poder de los guerreros desconocidos determinaron ponerse bajo su protección.

Según nos refiere Garcilaso, las palabras de la embajada fueron:

Zapa Inca Viracocha, la fama de las hazañas de los Incas tus progenitores, la rectitud, e igualdad de su justicia, la bondad de sus leyes, el gobierno tan en favor y beneficio de los súbditos, la excelencia de su religión, la piedad, clemencia y mansedumbre de la real condición de todos vosotros las grandes maravillas que tu padre el Sol nuevamente ha hecho por tí, han penetrado hasta los últimos fines de nuestra tierra y pasan adelante. (1959, p. 279).

El discurso, que constituye un reflejo fiel del pensamiento y la obra garcilasista, es una especie de panegírico destinado a exaltar las excelencias del Imperio Incaico. Esto explica lo que a continuación añade el cronista:

De las cuales grandezas, aficionados los curacas de todo el reino Tucma, envían a suplicarte hayas bien recibirlos debajo de tu Imperio, y permitas que se llamen tus vasallos, para que gocen de tus beneficios, y te dignes de darnos Incas de tu sangre real que vayan con nosotros a sacarnos de nuestras bárbaras leyes y costumbres y enseñarnos la religión que debemos tener y los fueros que debemos guardar. Para lo cual, en nombre de todo nuestro reino, te adoramos por hijo del Sol y te recibimos por Rey y señor nuestro,....". (Loc. Cit.).

En testimonio de la sujeción los mensajeros entregaron al Inca ropa de algodón, miel, mieses y legumbres, todos productos de aquellas tierras. En recompensa a la actitud pacífica y la voluntaria sumisión de los curacas del Tucumán, mandó el Inca que se les enviasen ricos presentes, especialmente ropas de lana muy fina y dispuso que acompañen de regreso a los mensajeros, gobernadores, que ejecuten sus disposiciones, y mítimaes que enseñen las leyes y costumbres del Imperio.

¿Pero quiénes eran los habitantes de la región de Tucma de quienes hacen mención las crónicas? Como señala López Mañán, el Tucumán "...fue un sitio de encuentro de pueblos bastante diferenciados por la naturaleza y su grado de desarrollo...". (López, 1916, p. 165). Habitaban la región comprendida entre el río Salado y los Andes dos pueblos: los diaguitas, en las faldas de los Andes, y los juríes, en la región de los llanos.

Los juríes fueron aquellos que voluntariamente se pusieron bajo el dominio incaico. Era un pueblo pacífico, labrador y sedentario, características que los diferenciaban en mucho de sus vecinos los que destacaban por su agresividad. Además de los diaguitas y juríes que poblaron aquellas tierras, hoy noroeste argentino, estaban los lules, pueblo móvil y guerrero, que habitaba en la zona comprendida entre los ríos Bermejo y Salado. Más al oriente, poblando la región de Córdoba, se ubicaban los comechingones.

El territorio de los juríes se hallaba, por consiguiente, sometido a una fuerte presión por parte de pueblos belicosos por naturaleza y de distinto nivel cultural. Esta situación los probablemente los llevó a colocarse bajo la protección del Imperio, el cual tenía el poder para protegerlos y rechazar las incursiones de sus enemigos.

Al respecto, curioso es notar, que si bien es evidente que de hecho se dio la presencia de funcionarios y mitimaes en esas tierras, las crónicas no mencionan la existencia o el envío de guarniciones militares. Pero precauciones de orden castrense tuvieron que haberse tomado, no contra los juríes que eran pacíficos y aceptaban la presencia incaica, sino contra los pueblos que los rodeaban.

Montesinos, al referirse a varios de los Incas que menciona, nos presenta la existencia de una situación de conflicto constante en esa región debido a que continuamente se producían incursiones de pueblos bárbaros. El mismo hecho de que los Incas no intentaran profundizar sus conquistas por esa zona, no hace más que confirmar la situación especial que presentaba ese lejano territorio incaico.

Después de volver a sus tierras los embajadores del Tucumán, Túpac Inca Yupanqui permaneció un tiempo en la región de Charcas, sujetando algunas tierras hasta llegar a las zonas de los Chichas, Lipes, Urnauacas; todos pueblos salvajes que le opusieron dura resistencia y a los que nunca pudo sojuzgar por completo.

Dice Cieza de León de esta última campaña:

Y cierto debieron pasar a Túpac Inca cosas grandes, muchas de las cuales priva el olvido por la falta que tienen de letras, y yo pongo sumariamente algo de lo mucho que sabemos por lo que oímos y vemos los que acá estamos, que pasó. (1967, p. 204).

Antes de regresar a sus tierras los embajadores tucumanos proporcionaron al Inca algunas informaciones. Garcilaso refiere que los mensajeros hablaron a Túpac Yupanqui en los siguientes términos:

Solo señor, porque no quede nadie en el mundo que no goce de tu religión, leyes y gobierno, te hacemos saber que, lejos de nuestra tierra, entre el sur y el poniente está un gran reino llamado Chili, poblado de mucha gente, con las cuales no tenemos comercio alguno, por una gran cordillera de sierra nevada que hay entre ellos y nosotros, más la relación tenemos la de nuestros padres y abuelos; y pareciéonos dártela para que hayas por bien de conquistar aquella tierra y reducirla a tu Imperio, para que sepan tu religión y adoren al Sol y gocen de tus beneficios”. (1959, p. 280).

C. LA HUELLA INCAICA

La conquista de Chile por las huestes incaicas fue el resultado de una dura campaña que no nos toca referir, pero que se realizó siguiendo la ruta tucumana. Las referencias del cronista Miguel de Olavarría en su “Relación de la Provincia de Chile”, confirman lo señalado cuando refiere que un Inca:

... teniendo noticias de la bondad riqueza y fertilidad de Chile envió un ejército poderoso de gran cantidad de indios para conquistar aquella tierra, hicieron su entrada por la gobernación del Tucumán y acometieron a pasar dicha cordillera nevada por el mismo camino que usan los españoles desde Mendoza y San Juan a la ciudad de Santiago según hoy se ve y yo lo he visto por las ruinas que parecen de los grandes edificios y paredones que hacían en los alojamientos de cada día a su usanza demostraciones de su poder y bárbara pujanza, continuando los dichos edificios aún en lo más áspere de la gran cordillera. (Levillier, 1926, p. 26).

Diego de Rosales en su “Historia de Chile” (mediados del siglo XVII), menciona las campañas de Huáscar en esa región indicando que el ingreso de los ejércitos incaicos era “... por las provincias de Tupiza, Tucumán y Diaguitas, que caen en la parte de los montes altos de la cordillera nevada de los Andes a la banda del norte...”. (1926, p. 27). No solo las crónicas confirman el tránsito de guerreros y la presencia incaica en esas regiones, una carta del oidor de Charcas Juan de Matienzo, del 2 de enero de 1566, recuerda la existencia de tambos incaicos en el camino de Charcas a Santiago del Estero.

Pero no se debe olvidar que la expansión incaica por esas regiones se enfrentó también a pueblos guerreros y primitivos, especialmente aquellos que se localizaban en lo que los españoles llamaron después, los valles calchaquíes y a los que calificaron de aucas, símbolo de la barbarie fronteriza, como lo señala Guidicelli (Guidicelli, pp. 163-164) y cuya referencia se extenderá también a

los indígenas del sur de Chile. La palabra quechua *auca* con el agregado *purum*, significa enemigo salvaje, (Guidicelli, Christophe. *Identidades rebeldes. Soberanía colonial y poder de clasificación: Sobre la categoría calchaquí (Tucumán, Santa Fe, Siglos XVI y XVII)*. En: *América colonial*. Araya Espinoza, Alejandra y Jaime Valenzuela (Editores). Santiago: RIL Editores, 2010. p. 147) gentes que están permanentemente en desobediencia y hostilidad interindividual. (Itier, p. 46).

También la arqueología se encargará de consolidar las evidencias del pasado incaico en las regiones del noroeste argentino. Desde fines del siglo pasado estudiosos hallaron dichas huellas, entre ellos destaca Max Uhle quien fue uno de los primeros en encontrar analogías entre el arte incaico y tucumano e incluso influencia tiahuanacuense.

Por último, evidencias lingüísticas refuerzan el conjunto de elementos que permiten estructurar la búsqueda de la huella incaica en esos lugares. Siglos después de la conquista el quechua seguía siendo hablado en el Tucumán; así, Concolorcorvo en su “Lazarillo de ciegos caminantes” señala que:

La mayor parte de las mujeres (tucumanas) saben la lengua quichua para manejarse con sus criados, pero hablan el castellano sin resabio alguno, lo que no experimenté en los pueblos de Nueva España, y mucho más en los del Perú...(Concolorcorvo, 1946. p. 122).

Por eso, hace muchos años Roberto Levillier reclamaba contra la idea de que los Incas no pertenecían a la historia argentina sino peruana, porque así se descuidaba, según él, “... el conocimiento de una cultura, que si es de los peruanos porque ellos la crearon, es también nuestra...”. (Levillier, 1943. p. 7).

LA CONQUISTA Y EL EXTENSO VIRREINATO DEL PERÚ

La llegada de los españoles al Perú y el proceso de conquista de las tierras del Tahuantinsuyo generaron cambios profundos y dramáticos en toda la región andina. Los episodios de enfrentamiento violento, la caída demográfica, la restructuración del espacio, la explotación de la mano de obra y el gran volumen de oro y plata trasladado a Europa, entre otros aspectos, determinaron, después de violentos ajustes internos, la configuración de uno de los virreinos más grandes del imperio español. Junto con México o Nueva España, el Perú fue un territorio que integraba políticamente desde Panamá hasta el Estrecho de Magallanes, salvo el Brasil portugués.

A) LA ÉPOCA DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA ESPAÑOLA (SIGLO XVI)

La presencia española en la región del Cusco es el punto de partida para la penetración en dirección a Charcas y de allí hacia el sur, hasta los territorios de los Diaguitas, Lules y Juríes.

La expedición a Chile comandada por Diego de Almagro, fue la primera en descubrir la región de Jujuy en enero de 1536. Según el cronista Alonso Góngora Marmolejo, en su “Historia de Chile”. Almagro fue advertido por Paulo Inca, quien lo acompañaba:

... que si venía por Atacama hasta llegar a Copiapó había de pasar forzosamente 80 leguas de despoblado falto de hierba y de agua, si no era en unos pozos pequeños que llaman Jagueyes de agua salobre y mala, por conservar los caballos y mucha gente que traía, principalmente los caballos que tenían mucho precio en aquel entonces, dejó este camino y vino por el que los Incas tenían por los diaguitas. (Levillier, p. 22).

De acuerdo a lo señalado, la entrada española a Chile se realizó a través de tierras anteriormente sometidas al Imperio Incaico y que hoy conforman el noroeste argentino, para después cruzar la cordillera y llegar al valle chileno de Copiapó, también territorio incaico.

Al margen de los accidentados tránsitos a Chile, las primeras entradas de descubrimiento y población al noroeste argentino se iniciaron con la provisión que dio el gobernador Vaca de Castro a la expedición de Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez y Nicolás Heredia, para buscar la llamada tierra de los cesáres, fabulosa región de riquezas, semejante a El Dorado. Las referencias a esta entrada las encontramos en Diego Fernández el Palentino, Pedro Cieza de León y Pedro Gutiérrez de Santa Clara. Partió Diego de Rojas del Cusco, en mayo de 1543, con cien soldados siguiendo camino por Ayaviri, Chucuito, Juliaca, Chuquiabo (La Paz) y finalmente La Plata. Aprovechados, descendieron por el camino de los Chichas y Lipes, atravesando Jujuy y penetrando después a la zona de Diaguitas. Llegaron a la provincia fértil de Tucumán y continuaron hacia el río de la Plata por los Juríes, hasta la muerte de Rojas en enero de 1544. Cerca al Paraná terminó la expedición, regresando parte de los sobrevivientes al Cusco.

La segunda entrada al Tucumán la realizó Juan Núñez del Prado por recomendación de las autoridades de Charcas. Partió de Potosí a fines de 1549 y fundó la ciudad de Barco, después llamada San Miguel. En esa situación surgieron

conflictos con gente española que se dirigía a Chile, sometiéndose Núñez del Prado a Francisco de Villagra, caudillo que inició la etapa de influencia de los de Chile en las primeras poblaciones del Tucumán, y que concluyó cuando por Real Cédula del 29 de agosto de 1563 se segregó la provincia de Tucumán de la jurisdicción de Chile.

Más allá de las discusiones derivadas de los límites señalados a Chile en los primeros años de la dominación española, la articulación del Tucumán con Charcas era fundamental, así lo entendió la Audiencia de Lima la cual, en carta al rey del 3 de marzo de 1564, señaló:

El conde de Nieva a petición de la provincia de Tucumán y por haberse revelado en ella los naturales y muerto cantidad de españoles entendiendo que la provincia de Chile por estar apartada no se le podía dar socorro proveyó por gobernador de la provincia de Tucumán, juríes y diaguitas al capitán Francisco de Aguirre vecino de Coquimbo el cual con alguna gente fue al dicho socorro y está entendiendo en ello, estas provincias de Tucumán, Juríes y diaguitas están apartadas de las de Chile y en medio de ambas esta una cordillera que no se puede pasar mucha parte del año y en el paso de ella tenemos relación que han muerto muchos naturales del frío que en ella hay y que convenía hacerlo gobernación por sí distinta y apartada de la de Chile como ahora esta... (p. 265).

Como señala Roberto Levillier, la Real Cédula mencionada, al colocar bajo la audiencia de Charcas todo lo que era sierra desde el Cusco a los diaguitas, no hacía más que reconocer razones de carácter geográfico, intereses corporativos, derechos históricos, necesidades de justicia y la existencia de un tráfico comercial antiguo y dinámico. (p. 282).

El Tucumán quedaba así vinculado al Perú como lo había estado en tiempos de la dominación incaica.

Las fundaciones españolas se sucedieron rápidamente en la región, prefiriendo instalarse las ciudades en áreas en las que la población indígena era predominantemente sedentaria. Santiago del Estero es fundado en 1553 por Francisco de Aguirre, San Miguel de Tucumán en 1563, Esteco en 1567, Córdoba en 1573, Salta en 1582 y Jujuy en 1593. Dos provincias quedaban conformadas bajo la jurisdicción de la Audiencia de Charcas: Tucumán y Río de la Plata. Conservando la primera en predominio sobre la segunda hasta fines del siglo XVII. Después de esa fecha, el influjo de Buenos Aires, puerto de entrada desde el Atlántico, será cada vez mayor hasta su triunfo definitivo con la creación del virreinato del Río de la Plata.

La ruta del descubrimiento y la conquista española siguió, por consiguiente, las líneas de penetración incaica, transitando por sus caminos y sobreponiendo su dominio a la anterior dominación cusqueña. Los años de incorporación del noroeste argentino al dominio europeo confirman y consolidan la vertebración de esa región a los espacios andinos alto y sur peruano.

B) EL VIRREINATO DEL PERÚ Y EL NOROESTE PLATINO (SIGLOS XVII – XVIII)

Sentadas las bases de la dominación española en el noroeste argentino, la antigua región de los Diaguitas, Juríes y Lules se integró al sistema colonial. Tal integración no dejó de ser puesta a prueba por los pueblos de la zona, quienes habían conservado su autonomía en algunos valles y a lo largo del siglo XVII enfrentaron a las fuerzas españolas, inicialmente con suerte alterna pero con la derrota como epílogo.

Las rebeliones indígenas estuvieron ligadas al Perú a través de algunos elementos representativos. Es el caso de los levantamientos calchaquíes en la Gobernación del Tucumán, el primero entre 1626 y 1637 y el segundo entre 1657 y 1667. En el último de los señalados destaca la figura de Pedro de Bohórquez, español aventurero que “Se tituló Inca y descendiente de Incas y se erigió en redentor de la raza oprimida”, (Fernández, 1968, p. 17), quien se relacionó más estrechamente con los descendientes de los mitimaes provenientes de la provincia de Canas en el Cusco, a los que designó como guardia personal. (Lorandi, 1997, p. 236). La falta de liderazgo y la memoria de los reyes incas los transformó en arquetipos y a su época en una etapa grandiosa. (p. 239).

Fue así que engañando al Gobernador Alonso de Mercado y Villacorta al que prometió la sumisión de los naturales y la entrega de tesoros y huacas, consiguió su apoyo e incluso la aceptación de su condición de Inca. Fue recibido como tal, en medio de ceremonias el 30 de julio de 1657 y reconocida su mujer como colla. Bohórquez obtuvo también un documento por el que se autorizaba a usar el título de Inca.

No todos fueron sorprendidos por el aventurero pues el provincial de los Jesuitas recomendó a sus misioneros no dejarse llevar por las promesas del impostor y advirtió que debían “Tener cuidado con la palabra Inca, porque es voz que puede transformarse en trueno (en esto fue profético) cuando llegue a oídos del Virrey”. (Fernandez, p 33.). Mientras tanto el falso Inca se hacía conducir en andas, llevaba vestiduras imperiales y convivía con un gran número de concubinas.

El Virrey Conde de Alva de Liste, al enterarse en Lima de los sucesos, ordenó la detención de Bohórquez, quien inició un levantamiento sin éxito pues fue derrotado, entregándose a la autoridad el 1° de abril de 1659, confiado en un indulto que no se cumplió. No corresponde hacer referencia a los hechos que rodean la aventura de Bohórquez, pues es bien reconstruida e interpretada por Ana María Lorandi. Los indígenas continuaron la resistencia en sus cerros por muchos años, convirtiéndose Tucumán en zona de guerra hasta que fueron definitivamente vencidos en 1667. Sin embargo no se puede olvidar que:

El grito de esperanza que levantó el falso Inca, fue para los indios del Noroeste argentino, el postrer grito de libertad que retumbó entre los cerros Calchaquíes”. (p. 91)

Es así como a través de la figura de Bohórquez se puede observar la huella del incario y del Cusco en esas regiones.

Conviene resaltar también que la influencia de la guerra en el Tucumán virreinal fue muy importante, exigió ingentes recursos humanos y materiales a una región no muy rica. Las características del proceso hicieron que las actividades económicas no sean estables, más aún en una zona de tráfico mercantil, pues era el camino entre Lima, la región minera (Potosí) y Buenos Aires, puerto atlántico del contrabando. (Garavaglia, 1986).

Por todo ello, el proceso de pacificación de los indígenas rebeldes era vital para la incorporación de la región a la vida económica dentro del sistema de dominación española, cosa que se logró con esfuerzo y trajo no sólo la seguridad necesaria para el tráfico comercial sino también un mejor aprovechamiento de la mano de obra indígena.

Mientras que en julio de 1657 Bohórquez era reconocido como inca, partía de Cadiz en diciembre, hacia Buenos Aires, un viajero francés llamado Acarette du Biscay, ocultando su nombre bajo el de un caballero español. En el relato de su viaje, señala que al llegar a Buenos Aires encontró veinte buques holandeses y dos ingleses, lo que comprueba un intenso comercio de contrabando, favorecido de alguna manera por las autoridades de la plaza. (Acarette, 2014. p. 27). La licencia que tenía el barco en que viajó, permitió una autorización para entrar al Perú y llevar mercaderías y un baúl del Rey para el Virrey del Perú.

Al referirse a Córdova del Tucumán, señala que “los habitantes tienen riquezas de oro y plata que adquieren por el comercio que tienen con las mulas,

de las cuales proveen al Perú y otras regiones, comercio que es tan considerable que venden alrededor de 28000 o 30000 animales por año, los cuales crían en sus estancias”. (p. 61). De Salta señala la importancia del gran comercio que tiene con vino, sebo y otros productos, que venden al Perú. El viaje termina en Potosí, de la que resalta su grandeza, su población, tipos humanos y costumbres, sin olvidar la descripción de la explotación de las minas y el proceso que lleva hasta la acuñación de moneda. De regreso a Buenos Aires, con una buena cantidad de plata, la embarcó en un buque cerca de esa ciudad por la prohibición de exportación aunque “... el Gobernador tolera que algunas veces sea llevada privadamente, consintiendo en ello por algún obsequio, o también no siendo muy estricto en la vigilancia de ello.” (p. 89). Lo interesante es que el capitán de la nave en la que hizo el viaje fue solicitado por la corte española que informe respecto a Buenos Aires y, según Acarette, hizo una propuesta de cambiar el acostumbrado camino de llevar mercaderías al Perú y traída por vía de los galeones, por establecer el ingreso por el Río de la Plata y de allí por tierra al Perú, “lo que se realizaría mucho más convenientemente y a un costo menor, y con menos riesgos que por cualquier otra ruta”. (p. 96).

Al respecto, Magnus Morner refiere que en esa región se notó inicialmente una dependencia de los europeos respecto a la producción textil indígena. (Morner, 1968, p. 22). El cultivo de algodón y la elaboración de tejidos de ese material alcanzaron gran desarrollo, por lo menos hasta el momento en que se dejó sentir una disminución de la mano de obra indígena. La producción textil del Tucumán encontró un mercado abierto y ansioso en la región de Potosí, corazón de la producción minera peruana. La ruta de ese comercio partía desde Córdoba, pasaba por Santiago del Estero, San Miguel de Tucumán, Salta y Jujuy, para llegar a la importante ciudad minera.

Textiles del Tucumán y mulas de Córdoba abastecían el mercado potosino y toda la región de Charcas. Este panorama no debe ser entendido como de absoluto beneficio para los productores y comerciantes de la región tucumana en tanto que, si bien los precios de sus productos eran muy altos en Potosí, también los productos europeos que ellos necesitaban alcanzaban precios exorbitantes en esa ciudad. (p. 25). La riqueza minera favorecía los altos precios tanto de las exportaciones como de las importaciones de los españoles del Tucumán. Y detrás de Potosí estaba Cusco y después Lima, a las que también debían en términos de proyecciones y necesidades. A Lima no lo convenía que Tucumán pase a la órbita de Buenos Aires, ciudad que no era un buen objetivo de comercio, pero perder Tucumán era muy negativo para el comercio con Charcas, por invasión de productos debido al contrabando. (Escobar, 2014, pp. 341-342).

Como señala Sempat Assadourian, “Un simple cotejo de fechas indica que el auge potosino corre paralelo al proceso de consolidación de la conquista del territorio argentino”. (Assadourian, 1982, p. 20). Es así que la estrategia colonial convirtió al Tucumán en una región que contribuía a resolver el problema de abastecimientos para la zona minera, con un valor de exportaciones de 100,000 pesos en productos textiles para 1603. Córdoba, incapaz de mantener una producción textil más allá de 1610 por la pérdida de mano de obra indígena, se vuelca hacia la crianza de mulas a partir de esa fecha y se incorpora con ese elemento al circuito comercial. Por otra parte, como señalan Fradkin y Garavaglia, desde mediados del siglo XVII los textiles del mercado tucumano sufren la competencia de tejidos peruanos. (Fradkin, 2016, p. 45).

El intenso tráfico comercial entre Córdoba y el Alto Perú por la ruta del Tucumán y Salta hizo que en 1623 se estableciera una Aduana Seca en esa ciudad para evitar que la plata del Perú fugara al extranjero a través del contrabando desarrollado en el Río de la Plata.

La definición de un eje predominante de comercio entre Lima y Potosí determinó la necesidad de capacidad de fuerza y capacidad de carga para el transporte de productos por zonas quebradas y de difícil tránsito, encontrando en las mulas la solución ideal de esos problemas. Observando los índices de exportación de mulas desde las regiones platinas, advertimos que de cerca de 10,000 entre 1620 y 1625 se pasa a 35,000 en 1645. (p. 43). La cría de mulas se desarrolló enormemente distinguiéndose en las actividades grandes y medianos productores; se incluía entre los primeros el sector religioso, sobre todo los jesuitas. Empresarios fleteros se encargaban de conducir a las mulas en tropas de hasta 3,000 o 4,000 cabezas que obligaban al empleo de cantidad de obreros sean negros, indios o mestizos. Por ejemplo, en Jujuy se llegan a identificar a indígenas como pequeños empresarios arrieros, “... continuando así una vieja tradición prehispánica e incluso utilizando camélidos andinos, al menos hasta las primeras décadas del siglo XVII”. (Fradkin y Garavaglia p. 47). La misma situación describe Laura Escobari para el siglo XVIII, en donde ubica caciques que eran dueños de recuas de mulas. (Escobari, p. 64).

En el “Lazarillo de ciegos caminantes”, encontramos una apreciación al respecto:

Por mi cálculo, en 10 años entraron en el Perú quinientas mil mulas, y suponiendo que solamente se murieran o estropearan las que había, sería preciso contar actualmente con quinientas mil mulas de servicios de carga,

silla, coches y calesas, cuyas dos últimas clases se reducen a Lima, porque en otras ciudades no se usa este ostentoso tren, porque no se proporciona a su terreno o por mejor decir, al uso. (Concolorcorvo, p. 107).

Vemos así como el autor, Alonso Carrió de la Bandera o Concolorcorvo, resaltó la importancia y dimensión del comercio de mulas en su obra publicada en 1773, tres años antes de la creación del Virreinato del Río de la Plata, mostrando con ello que durante el siglo XVIII las mulas seguían siendo uno de los elementos fundamentales para la articulación de la economía platina y tucumana al Perú. Según él:

se puede decir que las mulas nacen y se crían en las campiñas de Buenos Aires hasta la edad de 2 años poco más, que comúnmente se llama sacarlos del pie de las madres, se nutren y fortalecen en los potrerros del Tucumán y trabajan y mueren en el Perú”. (p. 84).

Los estudios actuales tienden a señalar que en el siglo XVIII declinó el comercio de mulas, sin embargo dicho comercio había dejado una huella tan profunda que iba más allá de los indicadores cuantitativos, penetrando en los contextos sociales y culturales de las regiones involucradas, tal como lo sintió Concolorcorvo en esa época.

Otros indicadores manifiestan también ciertos cambios en la región tucumana, por ejemplo se debe recordar que en 1695 el límite aduanero fue trasladado de Córdoba a Jujuy, lo que, según Morner “Implicaba administrativamente que el mercado de Tucumán, hasta entonces en mano de los limeños, había pasado a los de los porteños”. (Morner, p. 82). Dicha medida también tuvo que ver con que Jujuy era la ciudad con más vínculos con el Perú y a la vez era la que mayor población indígena tenía; además en Jujuy se abandonaban las carretas para seguir al Perú a lomo de mula. (Fradkin y Garavaglia, p. 56-66). Es evidente que a lo largo del siglo XVIII la influencia de Buenos Aires se acrecentaba cada vez más gracias a los contactos informales con el Brasil y Europa. Por otra parte, desde 1720 el navío de registro había alterado los mecanismos tradicionales de intercambio, afectando los intereses de la oligarquía comercial limeña.

La historiografía argentina resalta la importancia de la existencia, durante los siglos XVI, XVI y la primera mitad del XVIII, de un gigantesco “espacio peruano”, tal como Fradkin y Garavaglia definen: “llamamos espacio peruano a todo el inmenso territorio que la minería alto peruana fue creando a su alrededor como polo de atracción y ordenamiento regional. Durante los siglos XVI y XVII, éste abarcaba el territorio que se extiende desde Quito hasta el Paraguay”. (p. 41).

Siguiendo la línea de la historiografía, la huella indeleble del antiguo e importante trabajo de Céspedes del Castillo Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata (1947), que constituye la única investigación profunda sobre el tema y resalta en términos generales el antagonismo de esas ciudades en el campo del comercio y que define el triunfo de Buenos Aires desde fines del siglo XVII, incentivado por el contrabando. Esta tesis es rechazada por Laura Escobari, que señala que Buenos Aires carecía de importancia en el siglo XVII para el comercio con Charcas y Cusco y que recién a partir del siglo XVIII, puede verse dicho antagonismo, entre otras cosas, por la inundación de telas inglesas. Escobari también resalta que "... la red de intercambio comercial tejida entre las ciudades del Virreinato del Perú se mantuvo durante el siglo XVIII, e incluso se fortificó y amplió". (Escobari, pp. 388-389).

DEL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA A LA LIBERTAD POLÍTICA

La creación del Virreinato del Río de La Plata fue consecuencia de sucesos europeos y de una política de consolidación diplomática y militar de la Corona española. En 1775 una guerra contra Portugal era previsible por su alianza con Inglaterra y por sus continuos ataques a los españoles en la zona del Plata. Así se derivó al proyecto de atacar a los portugueses en la región platina, siendo encargado de conducirlo el Gobernador de Buenos Aires Pedro de Cevallos, quien para el éxito de la empresa solicitó a la Corona que Charcas quede a sus órdenes y finalmente, recibe el título de Virrey el 1 de agosto de 1776.

La duración de ese virreinato fue corta, pues en 1810 la libertad llega a las provincias del Río de La Plata. Puede afirmarse que los 34 años de duración fueron pocos para el fortalecimiento de un poder virreinal en todas sus dimensiones. Las provincias del interior siguieron conectadas con el Perú e incluso en los años iniciales de libertad, se consideró la posibilidad de colocar a uno de los parientes de Túpac Amaru como Rey-Inca del Río de La Plata, pero como fue una visión acuñada entre las fuerzas políticas del interior y no una posición bonaerense, el proyecto se abandonó. En todo caso, el Perú y los incas seguían teniendo raigambre en las antiguas tierras tucumanas del Tahuantinsuyo.

A) EL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA

La primera señal de autonomía de las regiones del Tucumán y del Río de la Plata respecto al predominio de Lima fue la creación de la primera Audiencia de Buenos Aires. La Audiencia tuvo corta vida, de 1661 a 1672, pero las motivaciones

que determinaron su creación siguieron gravitando e influyeron más adelante en la creación del Virreinato del Río de la Plata. Las circunstancias de su fugaz existencia estuvieron relacionadas con el virreinato del Perú del cual formaba parte. Cabe referir que en la real Cédula del 6 de abril de 1661, que determina la creación de la Audiencia, dentro de los considerandos se señala:

Que a partir de su creación, en 1661, los extensos territorios del Tucumán, Paraguay y Río de la Plata – que hasta entonces habían vivido con la atención fija en Lima, Charcas y Chile, de cuyos centros le bajaba todo y de los que dependían -, van a pasar a ser dirigidos por Buenos Aires y su puerto”. (Cauzzi, p. 67).

La creación del Virreinato del Río de la Plata y el libre comercio constituyeron el último tramo de un proceso de reestructuración de los espacios económicos coloniales. Para los años 90 del siglo XVIII un análisis de la composición del comercio peruano muestra que todavía el comercio con Buenos Aires era de gran importancia: las exportaciones a Buenos Aires totalizaban 2'034,980 y las importaciones 1'170,190 mientras que todas las demás áreas mostraban una balanza de intercambio desfavorable. (Deústua, pp. 171 - 172).

A partir de los indicadores señalados se puede observar que la creación del Virreinato del Plata no paralizó los intercambios que, a partir del influjo bonaerense, alcanzaron dimensiones apreciables especialmente en lo referente a producciones locales destinadas a las clases populares, como el caso de tejidos burdos que llegaban a Charcas en gran cantidad.

Este tipo de realidades, que vemos aparecer por toda la América Española, ha llevado a redimensionar la importancia de los mercados y tráficos internos, anteriormente opacados por el gran comercio ultramarino.

Volviendo al trabajo de Céspedes del Castillo, el autor explora los orígenes remotos de las relaciones entre Lima y Buenos Aires, para comprender las razones de la creación del Virreinato del Río de La Plata en 1776 y sus efectos correspondientes. Salta a la vista la modesta dimensión de Buenos Aires frente a Lima y su permanente ansia de apertura comercial, tanto hacia Charcas y Lima como al Brasil, cosa que obtiene entre 1602 y 1615 en cuanto al tráfico negrero. Las demandas de Buenos Aires se incrementan pidiendo la libertad de traer plata del Perú y se permita la libre importación de productos; todo ello indica un despertar de su economía, hasta que a fines del siglo XVII se empieza a notar una competencia con Lima. Ya hemos señalado el interés de los comerciantes limeños por controlar el mercado de

Tucumán; esa lucha por el dominio de los espacios intermedios va a evidenciar la competencia inicial. Tampoco debemos olvidar el tema del contrabando que más que a los limeños, les quita el sueño a los funcionarios de Madrid. Charcas será el escenario de una competencia muy activa que hasta el siglo XVIII se inclinará en beneficio de Lima por la posición favorable a ella de la Corona.

Conviene resaltar el punto neurálgico que fue la fundación de la ciudad portuguesa de Sacramento (1680), frente a Buenos Aires y que fuera el origen de una sucesión de enfrentamientos que colocaron al Río de La Plata como permanente tema en el Consejo de Indias y la Corona. Ese proceso, muy importante en las relaciones entre Lima y Buenos Aires, lo hemos analizado en nuestra investigación editada bajo el nombre *Del Río de La Plata al Amazonas: El Perú y el Brasil en la época de la dominación ibérica* (2008). Las capturas y pérdidas sucesivas de dicha ciudad hicieron de ella un tema obsesivo para Lima, Buenos Aires y Madrid, hasta que en 1762, Pedro de Ceballos la ocupa para que nuevamente sea devuelta a los portugueses. En 1775 se proyectaron ataques a los territorios portugueses y se aprueba la toma de Sacramento, que para el logro del éxito, sugiere Ceballos que se le otorgue a la conducción, todos los poderes por necesidad bélica. Así se crea el Virreinato del Río de La Plata y se nombra a Ceballos como primer Virrey, perdiendo definitivamente el Portugal esa ciudad. (Rosas Moscoso, pp. 218 - 237). La acción militar fue efímera, pero el virreinato se perpetuó. (Céspedes Del Castillo, 1947, p. 115).

Eran innegables las ventajas de dotar a Buenos Aires de los instrumentos que le permitiesen a la vez de desarrollar su comercio, controlar el incesante contrabando que afectaba a la Corona y abrir una permanente ruta atlántica, más segura y cercana a España. Por otra parte, como Céspedes lo señalara, de manera parcialmente cierta, dicho cercenamiento correspondió a "...la heterogeneidad geográfica y política de los territorios que integraban el viejo Virreinato del Perú, y que sirve de base a la pluralidad nacional sobre él asentada en el siglo XIX". (p. 92). Decimos parcialmente cierto, porque también debemos resaltar la homogeneidad del territorio peruano con los territorios que comprendían Charcas, Tucumán y Mendoza, que integraron no solo una unidad espacial, sino también histórica, desde el tiempo de los incas; Buenos Aires y las pampas eran otra realidad, que Céspedes finalmente reconoce al decir: "queda sentada la coherencia del sistema Perú – Charcas" (p. 95), pero olvidando que la zona andina argentina también era parte del espacio histórico peruano.

El mismo Céspedes al recordar el retorno de Puno al Perú en 1796, señala que hubieron propuestas de un retorno también de Charcas, incluyendo Jujuy y

enfatisa que Charcas no podía ser gobernada desde Buenos Aires. (p. 191). Pero eso no se lleva a cabo, hasta que con la independencia del Río de La Plata en 1810, Charcas vuelve momentáneamente al gobierno del Virrey del Perú.

La observación de los espacios económicos virreinales muestra características que desbordan los límites judiciales o administrativos establecidos. La realidad de los mercados internos y su dinámica empieza a sobresalir por encima del cúmulo de cuentas de producción minera, o volúmenes de comercio ultramarino, que tanto habían fascinado a los investigadores. Justamente, conviene recordar con Sempat Assadourian, que la mayoría de las investigaciones sobre los espacios virreinales tendían a limitarse territorialmente a las fronteras de los estados nacionales modernos. (Assdourian, p. 14). Los nuevos mecanismos descubiertos permiten ver con claridad la naturaleza de estructuras que se definen y funcionan más allá de los límites virreinales de aquellas épocas y, con mayor razón aún, más allá de las actuales fronteras entre estados.

En ese sentido, el eje comercial Tucumán, Salta, Charcas, Cusco, Lima fue uno de los más importantes durante la época de dominación española y sus huellas no sólo se deben advertir en el terreno económico sino, también en los ámbitos culturales, sociales y mentales.

B) LA REBELIÓN DE TÚPAC AMARU

Los últimos años del siglo XVIII traen consigo el desarrollo de levantamientos contra el dominio español. El más importante fue la insurrección de Túpac Amaru en 1780, movimiento que trastornó profundamente las estructuras de dominación española, aun cuando culminó en derrota y sangrienta represión.

Las noticias del alzamiento tuvieron repercusión en los territorios del Virreinato del Río de la Plata. En Buenos Aires y Córdoba fue visto con simpatía, especialmente en la segunda, en donde el cabildo temió un alzamiento por parte de las milicias movilizadas y de los campesinos. La preocupación por los sucesos del Perú del Virrey del Río de la Plata, Juan José de Vértiz, por los sucesos del Perú queda expresada en una carta que envía al ministro de Indias, el 30 de abril de 1781, en donde señala que:

La capital de Buenos Aires y sus costas de Norte a Sur, si se verifica la expedición de los ingleses, no tiene otro recurso para su defensa que este cuerpo de milicias disgustadas y vacilante su obediencia por imitar a las gentes del Perú”. (Levin, 1973, p. 121).

También compartieron esas inquietudes personajes como Fray Pedro José de Parras quien, en un informe que eleva al Virrey Vértiz, sostiene que la agitación indígena "... ha emanado del mal ejemplo de sus semejantes (y) de la infame vos: ya tenemos Rey-Inca". (p. 122).

Todo el actual noroeste argentino se vio agitado por las noticias de la insurrección cusqueña y alto peruana; así, en Jujuy se produjeron enfrentamientos entre los indígenas y las gentes de la ciudad, quienes tuvieron que resistir el asedio de los alzados, dirigidos por el mestizo José Quiroga, quien fracasó en sus planes de tomar la ciudad. Salta tampoco fue ajena a los peligros del alzamiento; el gobernador Andrés Mestre tuvo que hacer frente a una rebelión generalizada de indios y a una insurrección de milicianos en Rioja.

La agitación en el noroeste argentino no dejó de tener las mismas características de represión violenta que se manifestó en el Cusco. Boleslao Levin señala que el mismo Virrey Juan José Vértiz, "ilustrado americano", permitió que sus subordinados actuaran duramente, tal es el caso del gobernador Mestre quien en un informe a Vértiz, al tratar de la captura de 65 sublevados, 12 niños y 12 mujeres, dice "... los mandé pasar por las armas y dejarlos pendientes de (los) árboles en los caminos para que sirva de terror y escarmiento a los demás". (p. 126).

Todos los movimientos estuvieron directa o indirectamente vinculados a los líderes indígenas que en el Alto Perú conducían la rebelión de Túpac Amaru. No hay que olvidar que el mismo líder estaba ligado al tráfico de mulas con el Tucumán; y Tinta, el centro rebelde, era gran pueblo arrieril pues no en vano quedaba en el camino que unía Lima, Cusco, Potosí y Buenos Aires. (Busto, 1981, pp 65 - 70). Por otra parte Tomás Catari, caudillo en la provincia de Chayanta, con su rebelión y aún después de su muerte también llegó a agitar las tierras tucumanas. Por eso, no debe asombrar que en Salta y Jujuy, desde febrero de 1871, se decía "... que los pobres quieren defenderse de la tiranía del español y que muriendo estos todos, sin reserva de criaturas de pecho, solo gobernarán los indios por disposición de su Rey-Inca". (Fradkin y Garavaglia, p. 189). Incluso se llegó a agitar Asunción del Paraguay, donde se movilizaron 1000 milicianos ante la circulación de "estampas" del "traidor tupamaro", e incluso en Buenos Aires se detectó un indio cuyo gentilicio era "tupamaro" (Ibíd).

Si bien los movimientos mencionados fueron controlados por las autoridades coloniales, como señala Roel:

En general, puede afirmarse que en todo el norte de lo que hoy es Argentina, y que antes formó parte del Tahuantinsuyo, hubo una enorme agitación que pudo haberse encendido si el movimiento incaico hubiera perdurado unos meses más”. (1980, p. 47).

C) LOS AÑOS INICIALES DE INDEPENDENCIA

Con el advenimiento del siglo XIX, se plantearon condiciones que van a favorecer la libertad política en el Virreinato del Río de la Plata. Las nuevas ideas que comprometieron a ciertos grupos de privilegio, tuvieron en la ciudad de Chuquisaca su centro de difusión más importante; baste señalar que personajes como Bernardo Monteagudo y Mariano Moreno recibieron su influjo.

Será desde Buenos Aires que llegará la independencia política para las regiones del noroeste. Los episodios de resistencia al inglés consolidaron la influencia de la burguesía porteña, que optó por la ruptura con España en 1810. Así, al producirse la independencia de Buenos Aires surgieron tendencias separatistas en el interior, alimentadas no sólo por las inquietudes propias sino también por los profundos vínculos con el Alto y Bajo Perú. Es por ello, que no debe asombrar la reacción virreinal que tenía que venir justamente también del Alto Perú. Para controlar ese peligro desde Buenos Aires, se enviaron expediciones hacia esa región. La primera, de Antonio Gonzales Balcarce, llegó hasta Desaguadero, pero fue derrotada por el Presidente del Cusco, General José Manuel Goyeneche en Huaqui. La segunda expedición, del General Manuel Belgrano, obtuvo triunfo en Tucumán y en Salta hasta que el General Joaquín de Pezuela los derrotó en Vilcapuquio. Finalmente, la tercera expedición bajo el mando del General José Rondeau fue derrotada en Sipe Sipe o Viluma. Sólo el arrojado de los hombres de Guemes impidió el avance virreinal hacia Buenos Aires. Como resaltan Fradkin y Garavaglia, las guerras independentistas revivirían la antigua rivalidad entre Lima y Buenos Aires. (Fradkin y Garavaglia, p. 89). Representaba Lima el poder virreinal y Buenos Aires el liberalismo independiente.

Contenida la reacción realista cundió el federalismo en las provincias libres, caudillos gauchos e indios de las sierras resistieron la influencia política de Buenos Aires. Eso explica la realización del Congreso de Tucumán, en donde la posición pro monárquica llegó a contemplar la posibilidad de encumbrar a un inca en el poder. La persona considerada para ello fue Juan Bautista Túpac Amaru, medio hermano de José Gabriel y fue apoyada por nada menos que Manuel Belgrano, quien tenía el proyecto de instalar una monarquía inca en el Río de La Plata.

(Walker, 2015, pp 324 - 325). Si bien el centralismo triunfó por margen estrecho, la visión del posible inca gobernante indica una identificación de los habitantes de esas regiones con los territorios andinos, y ello explica que, a pesar de la vigencia de la nueva constitución, hubo reacciones rebeldes entre gauchos e indígenas, quienes instauraron un federalismo práctico que sólo desaparecería mucho tiempo después.

La mención rápida de los acontecimientos señalados tiene como fin resaltar el mantenimiento de los seculares vínculos entre la región tucumana y el Perú, pues aun los vientos de libertad política, se articulaban y superponían a las raíces históricas que unían a ambas regiones. Es por ello que detrás de esos mecanismos, se observan identificaciones y permanencias ancestrales, como las que recuerda el virrey Pezuela en un informe al Ministro de Guerra de España del 5 de noviembre de 1818:

Los indios, ... son naturalmente inclinados a toda clase de maldades; la religión católica, en mi concepto no la conocen; su aversión a la autoridad del rey y la adhesión a sus incas son indelebles y tan arraigadas como en los primeros años de su conquista. (p. 160).

No debería asombrar que esas huellas indelebles también se adviertan por esa época en el Tucumán.

LAS FRONTERAS REPUBLICANAS Y EL DESTINO DEL EJE LIMA – TUCUMAN – BUENOS AIRES

Consolidadas las independencias del Perú, Bolivia y Argentina, la antigua ruta Tucumán-Potosí-Lima se interrumpió. Varios factores concurrieron a la determinación de esa realidad y la búsqueda de una explicación a ello se torna compleja para los pocos investigadores que intentan romper con los límites de las fronteras actuales y que ven en el proceso algo más que un problema político.

Es evidente que la ruptura de los lazos entre Tucumán y el Perú no fue brusca ni sorpresiva, más bien fue un lento languidecer que afectó principalmente el ámbito económico de esa ruta histórica, aun cuando otros elementos de carácter cultural y mental siguieron jugando un papel importante.

A) EL SIGLO XIX (1821 – 1895): ENTRE CAUDILLISMOS, PROSPERIDAD FUGAZ Y GUERRAS.

Tratando de ubicar y profundizar en algunos aspectos que durante la época republicana, consolidaron la separación de los espacios anteriormente integrados,

no podemos dejar de lado la situación creada por las turbulencias políticas producto de las luchas entre caudillos y el peso gravitante de las fuerzas armadas en las jóvenes repúblicas. En esas condiciones, abrumados por problemas internos, los estados no pudieron articular o recomponer el antiguo ordenamiento económico de los espacios virreinales. Revoluciones, guerras y violencias no favorecieron los procesos de integración, que ya revestían desde la independencia, un carácter internacional; más aún cuando dichos problemas llegaron en determinadas circunstancias a comprometer la integración nacional.

Tiene mucha importancia también la preocupación inicial por la delimitación territorial, campo en la que la herencia española tuvo un peso gravitante. Los conflictos internacionales por la definición territorial acentuaron la desconfianza y el antagonismo, creando condiciones para el aislamiento de regiones tradicionalmente integradas por la economía, la cultura, la historia y la naturaleza. Zonas que compartían problemas, necesidades y ventajas comunes se aislaron ante la presencia de la frontera.

En ese sentido, el antiguo eje Lima-Tucumán resultó asfixiado por las presiones de dos fuerzas generadoras de impulsos contrapuestos: la tendencia de Lima a mirar hacia el Pacífico y la de Buenos Aires a mirar al Atlántico; mientras tanto, al centro, la zona vital de Cusco-Potosí-Tucumán quedaba fragmentada y librada a la dinámica de los pequeños microcosmos regionales, más aún cuando la desarticulación era producto de la emergencia de tres realidades políticas autónomas en su seno: Perú, Bolivia y Argentina.

Por otra parte, la evolución histórica de cada una de las repúblicas involucradas en el proceso que analizamos, muestra aspectos comunes pero también gravitan en él ciertas peculiaridades que ocultan semejanzas y acentúan diferencias. En términos políticos, la accidentada evolución que presenta el estado boliviano no alcanza la misma dimensión en Argentina o incluso en el Perú; así como en el terreno económico la evolución argentina destaca sobre la de los otros dos países. No se debe olvidar tampoco la existencia de algunos otros elementos tales como procesos migratorios, enfrentamientos bélicos, recursos naturales, y demás, que establecieron diferencias importantes.

A pesar de ello, y desde los albores republicanos, no dejan de estar presentes ciertos esfuerzos de integración, sean de carácter político, como el caso de la Confederación Perú-Boliviana, u otros de carácter económico, más silenciosos, pero tampoco eficaces y permanentes. En todo caso, fueron las necesidades de los mercados locales debido a su crecimiento y expansión los mejores combustibles

que generaron espontáneamente procesos de integración y complementación, incluso desbordando con ello voluntades políticas o proyectos nacionales.

B) LOS HITOS DE UNA RUTA CULTURAL: LIMA – CUSCO – TUCUMÁN – BUENOS AIRES

Pero si bien en lo político no se llegó a crear suficientes condiciones de integración real, las costumbres, tradiciones, la cultura y aún la vida material, si lo hacían. En ese sentido se puede considerar como factor importante de vertebración a los Andes, con su fisonomía natural y humana; y, como elemento de sustento, las raíces históricas prehispánicas y virreinales.

Los últimos años del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, vieron el surgimiento de una nueva ruta entre Perú y Argentina; en esa oportunidad no era el retorno de la importancia de caminos imperiales o reales, sino más bien la presencia de un camino cultural que unía Cusco y Buenos Aires, e incluso se iniciaba en el sur de Ayacucho. Esta relación ha sido llamada ruta de la intelectualidad americana y su estudio se ha concretado en unas pocas publicaciones. El Cusco fue un hito importante por su vinculación histórica con Buenos Aires, asumiendo funciones de capitalidad interior frente a la lejanía de Lima; también se convirtió en activo centro de actividad intelectual, recibiendo los reflejos benéficos de su pasado incaico en el contexto de un retorno a las raíces indígenas y a la búsqueda de una identidad latinoamericana alimentada por sus raíces históricas y que se concretaría en un indigenismo que recorrería Latinoamérica.

El Cusco leía periódicos bonaerenses, que llegaban con mayor rapidez que los diarios limeños, por otra parte, las revistas de esa ciudad tenían muy buena acogida y en su variada temática, llegaban a un ansioso público lector, que contaba también con libros de diversas editoriales de Buenos Aires. Agregamos el espacio del sur de Ayacucho, pues por tradición oral familiar, escuché de mi padre (Manuel Rosas Canales 1905 – 1997), que en su casa se leían dichos diarios y se compraban revistas y libros que llegaban desde Buenos Aires; las informaciones se enriquecían por las referencias que se esperaban de las noticias de la guerra ruso – japonesa y después las de la Gran Guerra (1914 – 1918).

Escritores cusqueños como Luis E. Valcárcel, José Uriel García y Martín Chambi, escribían para diarios de Buenos Aires, demostrando una madurez de la intelectualidad de esa región, que se vio reflejada en la aparición de instituciones como el Instituto Histórico del Cusco (1913) y el Centro Nacional de Arte e Historia (1916), que tuvieron proyecciones hacia el Río de La Plata. (Kuon, 2009, pp. 26

- 35). Por otro lado, Buenos Aires en ese entonces representaba la imagen de lo moderno, del progreso, pero a la vez buscaba un referente americano en el cual encajaba claramente lo cusqueño, símbolo de las raíces históricas sudamericanas, (p. 15), por lo que intelectuales y artistas argentinos expresaban ese compromiso en sus escritos o en sus obras de arte. Mención aparte pueden constituir casos como la fértil coincidencia en Tilcará, noroeste argentino, de los artistas Jorge Bermúdez y José Sabogal, que representarían una línea de indigenismo pictórico en sus respectivos países. (Ibíd).

Después del terremoto de 1950 y con el incremento de la vía aérea, la conexión de Cusco con Buenos Aires fue retrocediendo en beneficio de Lima; a ello se agregó las turbulencias políticas de Bolivia y la lenta disolución de la imagen indigenista frente al modernismo europeo y norteamericano. Cabe recordar, en las postrimerías de esa larga y fecunda relación, la migración universitaria peruana que se produjo en los años 60 y 70, reflejada en el importante número de estudiantes en universidades argentinas, especialmente en Buenos Aires y La Plata.

Los siglos XX y XXI muestran nuevos y vigorosos impulsos en busca de la integración latinoamericana, impulsos que pretenden ir más allá de situaciones coyunturales y que se apoyan en factores estructurales y permanencias. Muchos elementos empujan a la integración de Latinoamérica, entre ellos el estado de dependencia económica respecto a las potencias industrializadas y a algunas instituciones financieras internacionales, que obliga a agilizar mecanismos de complementación económica y a definir perfiles de política común frente a problemas que también son comunes. Por otra parte, en el presente, la técnica y el desarrollo científico proporcionan instrumentos para la superación de los obstáculos que imponen la naturaleza y la distancia.

Pero el principal elemento motivador es el hombre y, en ese sentido, en el siglo XX, inquietudes colectivas, movimientos de opinión pública o acciones concretas expresaron aspiraciones de integración. Concurrieron al esfuerzo la voluntad política de líderes y representantes, factor imprescindible para el logro de los objetivos propuestos. Sin embargo, en los últimos años, diferentes concepciones políticas y económicas en los países involucrados en el proceso histórico descrito, los han conducido por rutas diversas o incluso opuestas, a pesar de los antiguos vínculos históricos.

De todas maneras, en la búsqueda de concretar políticas de acción común, el conocimiento de las raíces históricas de nuestros pueblos proporciona un sustento

sólido. Dentro de esa perspectiva, la existencia de ese “corredor histórico” entre el Perú y el noroeste argentino es una garantía de que el esfuerzo y las inquietudes de las poblaciones de esas regiones por lograr revitalizar la integración del pasado, se verán coronadas por el éxito para así alcanzar un futuro mejor.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acarette Du B. (2014). *Relación de un viaje al Río de La Plata y de allí por tierra al Perú*. Buenos Aires: Claridad.
- Assadourian, C. (1982). *El sistema de la economía colonial*. Lima: IEP.
- Cauzzi, T. (1984). *Historia de la primera Audiencia de Buenos Aires*. Rosario: PUC.
- Céspedes Del Castillo, G. (1947). *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Plata*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-americanos.
- Cieza De León. P. (1967). *El Señorío de Los Incas*. Lima.
- Cobo, B. (1956). *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid.
- Concolorcorvo. (1946). *Lazarillo de ciegos caminantes*. Buenos Aires.
- Del Busto, J. (1981). *José Gabriel Túpac Amaru antes de su rebelión*. Lima: PUCP.
- Deustua, C. (1969-1971). *Aspectos de la economía peruana a fines del siglo XVIII (1790-1796)*. En: Boletín del Instituto Riva Agüero. Lima: N° 8.
- Escobari De Querejazu, L. (2014). *Producción y comercio en la historia de Bolivia colonial (Siglos XVI – XVIII)*. La Paz: Plural Editores.
- Fernández Alexander De S. A. (1968). *El segundo levantamiento calchaquí*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Fradkin, R. y Garavaglia J. C. (2016). *La Argentina colonial. El Río de La Plata entre los siglos XVI – XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Garavaglia, J. C. (1984). "La guerra en el Tucumán colonial: Sociedad y economía en un área fronteriza (1660 - 1760)". En: *Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social*. Lima: N° IV.
- Garcilaso De La Vega, Inca. (1959). *Comentarios Reales de los Incas*. Lima.
- Giudicelli, C. (2010). "Identidades rebeldes. Soberanía colonial y poder de clasificación: Sobre la categoría calchaquí (Tucumán, Santa Fe, Siglos XVI y XVII)". En: *América colonial*. ARAYA ESPINOZA, Alejandra y Jaime VALENZUELA (Editores). Santiago: RIL Editores.
- (2005) *Pacificación y construcción discursiva de la frontera. El poder instituyente de la guerra en los confines del Imperio (Siglos XVI – XVII)*. En: *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes*. Lima: IFEA – IRA.
- Itier, C. (2005). "Las cartas en quechua de Cotahuasi: El pensamiento político de un cacique de inicios del siglo XVII". En: *Máscaras, tretas y rodeos del discurso colonial en los Andes*. LAVALLE, Bernard (Edit.) Lima: IFEA – IRA.
- Kuon, E. R. Gutiérrez, R. Gutiérrez y G. M. Viñales. (2009). *Cusco – Buenos Aires. Ruta de la intelectualidad americana (1900 – 1950)*. Lima: USMP.
- Levillier, R. (1943). *Descubrimiento y población del norte argentino por españoles del Perú (1543 - 1553)*. Buenos Aires.
- (1926) *Nueva crónica de la conquista de Tucumán*. Buenos Aires: Edit. Nosotros.
- Levin, B. (1973). *Su época, su lucha, su hado*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX.
- Lizárraga, R. (1946). *Descripción de Las Indias*. Lima.
- López Mañan, J. (1916). *Tucumán Antiguo*. Buenos Aires.
- Lorandi, A. M. (1997). *De quimeras, rebeliones y utopías. La gesta del Inca Pedro Bohórquez*. Lima: PUCP.
- Morner, M. (1968). *Actividades políticas y económicas de los Jesuitas en el Río de La Plata*. Buenos Aires: PAIDOS.

- Roel, V. (1980). "Conatos, levantamientos, campañas e ideología de la Independencia". En: *Historia general del Perú*. Tomo VI. Lima.
- Rosas Moscoso, F. (2008). *Del Río de La Plata al Amazonas. Perú y Brasil en la época de la dominación ibérica*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Villalobos, S. (1986). *Comercio y contrabando en el Río de La Plata y Chile*. Buenos Aires: Eudeba.
- Walker, C. (2015). *La rebelión de Túpac Amaru*. Lima: IEP.